

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

---

Bogotá, Octubre de 1931

---

### Actos Oficiales

#### CLAUSURA DE ESTUDIOS

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario  
en el año de 1931, 279° de su fundación.

*Con un acto severo y sobrio clausuró ayer el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario sus tareas del presente año. Asistieron el Excelentísimo señor Presidente de la República, el Ilustrísimo señor Arzobispo Primado, el señor Ministro de Educación Nacional, y otros altos personajes.*

*Comenzó el acto con un breve discurso del Rector del Colegio, señor doctor José Vicente Castro Silva, en el cual hizo entrega a los doctores Juan C. Trujillo Arroyo, Jenaro Jiménez y Antonio Gómez Restrepo, de los diplomas por los cuales la Consiliatura les confiere el honroso título de doctores «honoris causa».*

*Muy pocos son los que en Colombia han recibido tan alta distinción. Por la Universidad del Cauca, han sido doctorados «honoris causa» Guillermo Valencia, Manuel M. Mosquera W. y Reinaldo Cajiao W. La Universidad de Antioquia ha otorgado tan eminente título a muy pocos de sus hijos. Y el Colegio del Rosario sólo lo ha conferido a los doctores Juan C. Trujillo Arroyo, en jurisprudencia, y Antonio Gómez Restrepo y Jenaro Jiménez, en Filosofía y Letras. Este título está reservado a los servidores meritorios del Cole-*

gio, que hayan enriquecido las ciencias o las letras y se hayan consagrado con asiduidad a aquilatar las enseñanzas superiores, tanto en la cátedra como en las obras de divulgación cultural.

*El Rector del Colegio, doctor José Vicente Castro Silva, pronunció el siguiente discurso:*

«Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono del Colegio; Excelentísimo señor Arzobispo Primado, Rector Honorario, señor Ministro, respetable Claustro, señoras, señores:

Con la venia del Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono de este Colegio Mayor, voy a declarar concluidos los estudios y tareas escolares en el presente año.

Mas, por un caso que hoy se registra por primera vez en esta ciudad y por tercera vez en toda la República, asistimos a la solemne colación de tres grados académicos, homenaje supremo y honor máximo que nuestras Facultades de Derecho y de Filosofía tributan a los varones buenos, a los maestros constantes, a las nobilísimas inteligencias que en labor perenne y con esplendidez de corazón, hace lustros que vienen engrandeciendo nuestro claustro tan viejo y tan amado.

Concluye hoy un año lectivo, y cuando van a silenciarse las aulas, y a extinguirse el rumor cotidiano de las enseñanzas, hé aquí que se nos ofrece la más alta lección que pudiéramos imaginar.

Distribuimos hoy los testimonios de conducta y aprovechamiento que, según Dios y según nuestra conciencia, han merecido los alumnos en estas lides escolares, primeros pasos de la vida real, y hé aquí que nos es dado mostrarles cuán ilustres son y cuán eximias las cumbres de decoro que han alcanzado los que anduvieron tantos años por las sendas de virtud y de saber que de aquí arrancan y luégo conducen a los premios de

estimación unánime y de alabanza acrisolada que la Iglesia y la República reparten.

Lección y premio tenéis aquí, señores estudiantes, en esta consagración que estamos celebrando.

Los que van a recibirla están hechos a grandes honores, tantos que quizá ellos mismos ya no quieren contarlos. Ahí veis a quien se sienta en el senado de la Iglesia, a quien es honra de la magistratura, a quien es juez inapelable en el dominio de las Letras Optimas. Qué falta les hacía venir a recibir por ministerio nuestro un título que ya les había otorgado la aclamación de sus conciudadanos? De verdad, señores, no parece que nosotros les demos nada: ellos son los que nos honran con su condescendencia exquisita.

No la habrían tenido si el Colegio Mayor no fuera para ellos el hogar venerando que ahonda sus cimientos en el terreno de las tradiciones seculares y unimismado con la vida de la República ansía empinar su fábrica hasta donde puedan columbrarse futuras glorias y renovaciones bienhechoras.

Y de esta suerte aquella condescendencia que os dije se trueca merced a la maravillosa alquimia de la razón y del sentimiento, en espléndida manifestación de aprecio a esta ciudadela insigne que ideó Fray Cristóbal de Torres para que fuese «casa de la verdad que hace libres».

En realidad los grandes ciudadanos que hoy se dignan admitir bajo las apariencias de un diploma el tributo de veneración y gratitud que les ofrece este Claustro, refrendan y confirman eso que le ha dado al Colegio su fisonomía particular, eso que pudléramos llamar su espíritu, y que por lo mismo que es medula substantífica suya, es también insubstituable y permanente, energía poderosa a desconcertar cualquier amago de variaciones inconsultas.

Espíritu es éste tan vivo que no sólo informa a los que han frecuentado esta morada de la sabiduría, se han sentado en sus bancos y han orado ante la imagen tutelar de la Bordadita, sino que influye sobre todos los que se sienten colombianos.

Cómo no, si aquí se apercibieron los fundadores de la Patria bajo el imperio de unas Constituciones proféticamente republicanas y perdurablemente católicas. Creciendo por momentos aquí se iban preparando para el día venturoso en que, llegada la mayor edad, debía empezar esta tierra su vida independiente. De aquí salió un linaje proceros que formó entonces, como siguió formando siempre, cortejo a la República y se ufano de engrandecerla con el brillo de sus virtudes, de circundarla con la fama del saber, de defenderla con la valentía y la bravura de los brazos pujantes.

Tal es la tradición conforme a la cual se han definido siempre las miras e intentos del Colegio Mayor que nunca se ha propuesto fines mezquinos, ideales egoístas, ni ventajas personales, sino que educa a la juventud y a guisa de señuelo le ofrece los lauros doctorales para que otro día dignifique la vida y acuda con tenacidad insomne al acrecentamiento de esta magna heredad que es la República.

Así lo estáis proclamando vosotros los que con vuestra bondadosa aceptación avaloráis nuestros títulos. Yo, que apenas soy un accidente transitorio y efímero en la vida del Colegio Mayor, quisiera imaginar en este instante lo que el gran Rector, nuestro maestro común, el que sí podría justipreciar y ponderar vuestros merecimientos, os hubiera dicho al sancionar estos doctorados de honor.

A vos, señor Colegial doctor Jiménez, os hubiera afirmado que ningún galardón terreno bastaría a compensar la soberana abnegación, la labor silenciosa, la gentil entereza con que le ayudásteis a llevar por luengos años las

responsabilidades que apareja el gobierno de este Claustro. Y os diría también que fue grande la hazaña de recoger y conservar incólume la autoridad que os traspasó. Lástima que estas manos que de vos la recibieron no sean dignas de compararse ni aun entre sombras con las vuestras!

A vos, señor Colegial doctor Trujillo Arroyo, os hablaría de la fidelidad con que pusisteis la clásica y austera formación de vuestra mente al servicio del Colegio por espacio de cuarenta y tres años. En tan dilatada labor ni desfalleció un punto la diligencia de vuestro magisterio, ni flaqueó un momento la afición de vuestro cariño. Los pasos con que ascendíais allá fuera por los órdenes de la magistratura, han sido para vos lustre de integridad inapreciable, y para el Colegio que tales servidores tiene, orgullo y prez constantes. Sumad, señor, a este homenaje que os debemos, el muy férvido que encaminamos a la memoria del consiliario doctor José Ignacio Trujillo, que tanto hizo por la prosperidad de este Colegio. Bien habéis demostrado que con su nombre recibisteis íntegro el caudal de las virtudes que hicieron inolvidable aquel patricio cuya vida habría escrito Plutarco con letras de oro sobre un papiro antiguo.

Y a vos, señor Colegial doctor Gómez Restrepo, qué os diría el que con ser peritísimo en divinas y humanas letras, no hallaba proporción entre sus alabanzas y vuestras cualidades. Quintiliano os habría escogido para ilustrar su definición del orador, del hombre bueno, artista primoroso del discurso. Por más de cuarenta años habéis querido haceros pequeño con los estudiantes y amoldar a las inteligencias que comienzan a abrirse el no sospechado acervo de sabiduría que atesoráis. Habéis discurredo, infatigable labrador del pensamiento, por cuantos son los cielos de la literatura, habéis bebido, ávido de eternal belleza, y como Dante en los ojos de Beatriz, lumbres excelsas que la mano divina encerró en

obras de predilección; habéis escuchado (privilegio de las almas limpias) sutiles y arcanas armonías, allí donde otros no descubren sino aspereza y confusión, y todo ello nos lo habéis traído día por día con generosidad inagotable, con mesura doctísima, atento siempre a lanzar en esta nebulosa fecunda, que es la mocedad, la palabra y la idea que quizá hayan de condensarse mañana en un luminar de apacible y esplendorosa irradiación».

*En seguida el doctor Antonio Gómez Restrepo dio las gracias por el alto honor que se les había conferido, y el señor Presidente de la República les hizo entrega de los respectivos diplomas, recibiéndoles el juramento reglamentario.*

*El doctor Gómez Restrepo pronunció el siguiente discurso:*

«Señor Rector:

Honrado por mis eminentes compañeros y amigos, los doctores Trujillo y Jiménez, para representarlos en este acto solemne, en que se estrechan los lazos que desde hace largo tiempo ligan con este venerando Instituto, os agradezco efusivamente, muy ilustre señor Rector, en nombre de ellos y en el mío propio, las amabilísimas frases con que habéis querido dar realce a la honra altísima con que el Claustro tuvo a bien premiar generosamente nuestra modesta labor de profesores y nuestro antiguo y nunca desmentido afecto al Colegio del Rosario. Sois magnánimo, señor, y derramáis a manos llenas el oro de vuestra benevolencia sacerdotal y de vuestra gentileza de caballero con la largueza propia de quien lleva la representación de aquel gran príncipe de la Iglesia, que levantó estos muros con áureos cimientos y sobre la roca del espíritu cristiano, que es caridad y es amor.

Al recibir esta consagración oficial, nuestros ojos se vuelven hacia atrás para medir el camino recorrido y para contemplar el panorama de los largos años de

nuestro profesorado, durante los cuales hemos visto aparecer y sucederse varias generaciones juveniles, de cada una de las cuales han surgido ejemplares de selección que han hecho honor al colegio y han servido al colegio. Y se levanta en el campo siempre cultivado de la admiración y el reconocimiento, la figura del gran maestro y ciudadano que nos honró con su paternal afecto, nos favoreció con sus consejos y con sus estímulos; cuyo ejemplo nos sirvió de guía para formar nuestra conciencia de profesores y de representantes de la tradición del colegio, y ante cuya memoria perdurará siempre encendida la lámpara de nuestra gratitud.

No es una honra pasajera ni una distinción común la que nos otorga el claustro; porque la concesión del lauro doctoral en este colegio mayor imprime carácter y permite al que lo recibe formar parte de este cuerpo munífico, ungido por las augustas manos de su fundador y tocado de inmortalidad por el espíritu que lo informa y por la pléyade de hombres insignes que se fortalecieron con la medula de león de su doctrina y que, con su sangre, con su virtud, con su ciencia, con sus ejemplos austeros de abnegación, de sacrificio, de grandeza de alma, crearon para las generaciones posteriores un legado de gloria que obliga como un compromiso de honor a quienes ostenten la simbólica insignia de Calatrava y los ata de manera tan fuerte como puede hacerlo el juramento que pronuncian los hidalgos españoles cuando ingresan en esa orden caballeresca.

Y es que en este claustro anida un espíritu, que perdura al través de las mudanzas de los tiempos y vivifica no sólo la enseñanza y la dirección moral, sino aun las cosas inanimadas que, a su contacto, adquieren una significación noblemente ideal. Cuando cruzamos de noche estos amplios corredores y contemplamos a la luz de la luna, sus severas arquerías, la esbelta torre y la estatua de Fray Cristóbal que se yergue majestuo-

samente en el centro del patio, nos parece que de los ángulos oscuros brotan voces que vienen de lo pasado; pero no para atraernos a la región desolada de las cosas muertas, sino para infundirnos hálito de vida, anhelo de acción ordenada y eficaz, resolución de marchar siempre adelante, a la luz que despide desde su serena altura el faro de la tradición. Ese espíritu se impone a todo el que habita estos claustros con rectitud de intención. El que le es infiel se ve obligado, por fuerza superior imperatoria, a alejarse de la sombra protectora del colegio, el cual es, en cambio, como un hogar segundo para quienes, como nosotros, hemos permanecido adheridos desde nuestra primera juventud, a las normas de esta institución secular; y le hemos rendido, en las horas prósperas y adversas, el tributo de nuestro afecto filial.

El título que nos confiere el claustro es una de las honras mayores que hemos recibido en nuestra vida. Es un digno homenaje a los grandes méritos de mis dos colegas, uno y otro sabios humanistas, de quienes basta decir, para su justo elogio, que el sacerdote ocupa un puesto en el senado de nuestra iglesia metropolitana, y el civil un sillón en el más alto tribunal de la república. En cuanto a mí, sólo puedo considerar este título como un premio a mi nunca desmentida afición a las letras; y a la constancia con que he procurado difundir en el Instituto el amor a los estudios literarios. Y cómo no había de hacerlo así, cuando sé por experiencia que mientras más se avanza en la vida y más se siente el vacío de las ilusiones que nos abandonan, uno de los pocos consuelos efectivos que aún quedan es el refugiarse en la contemplación del arte, en el culto de la belleza ideal que manda un rayo de luz hasta en las sombrías soledades que va formando la muerte en torno nuestro, cuando el dolor es el huésped habitual que comparte la sal de nuestra mesa?

En medio de estas reflexiones melancólicas no puede menos de regocijarme el pensar que si nuestra labor profesoral ha sido modesta, ha servido quizá de núcleo para que en pos de ella se dilate la cauda luminosa formada por tantos brillantes talentos que han pasado por las aulas.

Esta ceremonia, como todas las que celebra el Colegio del Rosario, tiene una significación que no ha de pasar inadvertida a los ojos de la juventud que hoy se agolpa en sus claustros, llena de fervoroso entusiasmo. Ella muestra cómo este Instituto, que es para Colombia lo que son Alcalá o Salamanca para España, tiene prestigio tan alto, que puede poner un sello augusto, aun en la obra más modesta consagrada a su servicio. Significa también que este Instituto, que ya cuenta su vida por centurias, no olvida al hijo cuyos ensueños infantiles arrulló, ni al que, venido de fuera, como el que os habla, le consagró las primicias de su profesorado; y guarda una hoja de laurel siempre verde para colocarlo un día sobre sus frentes encanecidas, como un recuerdo de la lejana y ya muerta primavera.

Nos es particularmente satisfactorio, al recibir este título de las manos de quien, como vos, señor rector, representa con tanta gallardía las tradiciones del Colegio del Rosario; pues sois eminente en ciencias divinas y en letras humanas, y tenéis en grado excelso el dón de la elocuencia, que os permite predicar la verdad evangélica, revistiéndola de las bellas formas que da el arte a la palabra humana y que tanta eficacia tienen cuando se ponen al servicio del bien.

Es para nosotros sumamente honroso que esté presente en este acto el egregio Patrono del Colegio Mayor, quien, en su calidad de tal, puede ostentar el escudo de Fray Cristóbal al lado de la banda tricolor con que cruza su pecho, como símbolo de la suprema magistratura que ejerce con alta inteligencia y noble de-

coro. Como ciudadano y como hijos del colegio, presentamos nuestro respetuoso saludo al jefe de la república, que se ha dignado robar una hora a las absorbentes ocupaciones que actualmente embargan su atención, en esta época de angustiosas incertidumbres y de abrumador trabajo oficial, para venir a presidir esta fiesta escolar: prueba elocuente de que a su mirada perspicaz de hombre de Estado no se le oculta que el Colegio del Rosario es uno de los más firmes sustentáculos de la cultura nacional».

## PREMIOS

Los señores alumnos que han desempeñado el cargo de Inspectores y el Colegial están fuera de concurso para los premios de conducta; pero no para los de clases.

Entre los convictores obtuvo el primer premio

D. EFRAÍN CABALLERO

*Segundo premio:*

D. MARIO CHAPARRO

D. CÉSAR NATES CORTÉS

D. ERNESTO OSPINA RODRÍGUEZ

D. HERNÁN QUIÑONES OLARTE

*Mención honorífica:*

Señores:

Angulo Pedro Víctor

Beltrán Efraín

Bernal Luis Alberto

Buitrago Rafael

Carbonell Eduardo

Castañeda Campo E.

Castañeda Marco A.

Diago Miguel Angel

Díaz Omar

Domínguez José María

Duplat Augusto

Guacaneme Carpóforo

Gutiérrez Jorge Enrique

Hoyos Luis María

Jiménez Octavio

Ladrón de Guevara Carlos

León Eduardo

Márquez Ricardo

Mejía Gómez Luis

Melo José Antonio

Monsalve Marcos

Morales Peregrino

Morales Porfirio

Ocampo Rafael

Pachón Eliécer

Pinto Alvarado Samuel

Posada Elpidio

Reyes Jorge Ramón

Riveros Gabriel

Rojas Peña Acisclo

Suárez Mario

Travesedo José Ramón

Entre los oficiales obtuvo el primer premio:

D. TOMÁS LOMBO

*Mención honorífica:*

Señores:

Díaz Guerrero Justo      Forero Víctor  
López Virgilio

### QUINTA DE MUTIS

Obtuvo el premio

D. SAÚL SAAVEDRA LOZANO

*Mención honorífica:*

Señores:

Cardona Gabriel              Mejía Frank  
Jiménez Alfonso              Rueda Roberto  
Mahecha Guillermo          Villegas Arturo

Entre los externos obtuvo el primer premio

D. JOSÉ IGNACIO ESPINOSA

Segundo premio:

D. GUILLERMO SIERRA

*Mención honorífica:*

Señores:

De Castro Francisco      Parada Luis Salvador  
Lombo Jesús Antonio      Posada Enrique  
Martínez Virgilio          Posada Evencio  
Mendoza Arturo            Pérez Pulido Jorge  
Ospina Pedro Joaquín      Pérez Germán  
Vargas Umaña Carlos.

## Alumnos distinguidos en las clases

### QUINTA DE MUTIS

*Geografía Universal*, Moya Nicanor.

*Historia Patria*, Moya Nicanor.

*Religión*, Duplat Isidoro.

*Castellano primer curso*, Rueda Roberto.

*Francés*, Rueda Roberto.

*Aritmética*, Cardona Gabriel.

### COLEGIO MAYOR

*Geografía Universal*, Gabriel Riveros Leiva.

*Castellano segundo curso*, Elpidio Posada.

*Francés primer curso*, Alfonso Sanjuán y Miguel A. Diago.

*Aritmética*, Jorge Enrique Arteaga.

*Religión (Dogma)*, Elpidio Posada.

*Inglés primer curso*, Tomás Lombo y Miguel A. Diago.

*Historia Universal*, Tomás Lombo y Jorge Dumar.

*Algebra*, Tomás Lombo y Jesús Antonio Lombo.

*Francés segundo curso*, Tomás Lombo y Jesús Antonio Lombo.

*Religión (Moral)*, Tomás Lombo y Manuel J. Gamboa.

*Historia Natural e Higiene*, Joaquín Prado y Alfonso Sanjuán.

*Inglés segundo curso*, Efraín Caballero y Benjamín Mera.

*Física elemental*, Benjamín Mera y Hernán Quiñones Olarte.

*Química elemental*, Jorge Enrique Gutiérrez y Joaquín Prado.

*Geometría*, Benjamín Mera.

*Dibujo artístico*, Alfredo Almonacid y Alfonso Gálvez.

*Latín primer curso*, Jorge E. Roa.

*Latín segundo curso*, José Ramón Travesedo y Julio Flórez.

*Lógica y Antropología*, Hernán Quiñones Olarte y Bernardo Merizalde.

*Castellano de Bello*, Efraín Caballero y César Nates Cortés.

*Apologética*, Jesús Antonio Lombo y Juan Ignacio Gómez.

*Física general*, Luis Salvador Parada y Francisco de Castro.

*Química general*, Luis Salvador Parada y Juan Manuel Pardo.

*Ética y Sociología*, Efraín Caballero.

*Metafísica*, Rubén Ortiz Gómez y Joaquín Prado.

*Práctica de autores clásicos*, Luis Euclides Murcia.

---

Medalla enviada por el Excelentísimo Sr. Presidente:

TOMAS LOMBO

La del señor Ministro de Educación Nacional:

EFRAIN CABALLERO

La del señor Secretario del Ministerio de  
Educación Nacional:

HERNAN QUIÑONES OLARTE

Medalla del Ministerio de Educación Nacional:

JOSE I. ESPINOSA

---

